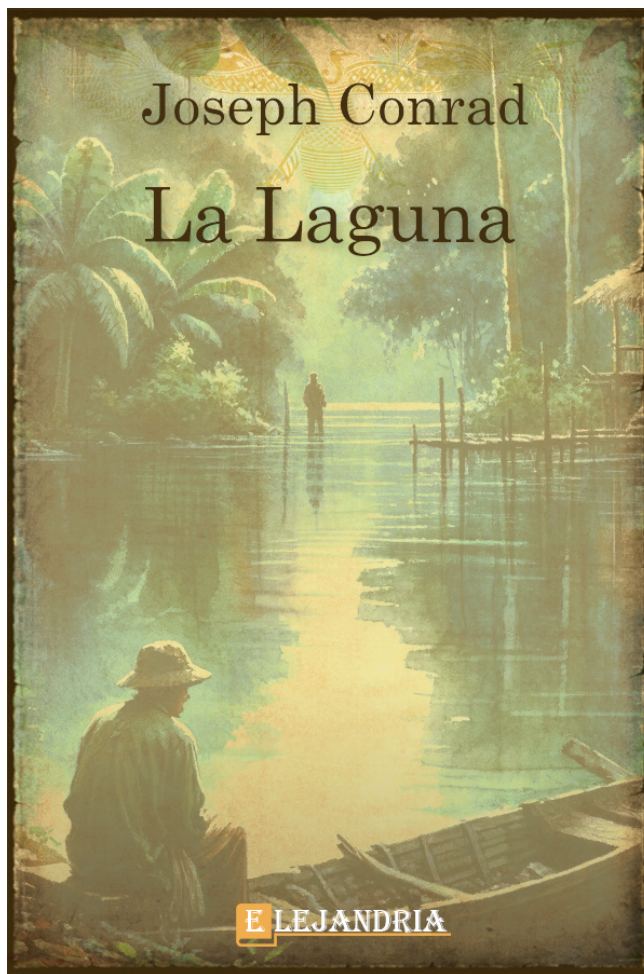




Joseph Conrad
La Laguna

E LEJANDRIA

Joseph Conrad
La Laguna



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA LAGUNA

JOSEPH CONRAD

PUBLICADO: 1897
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
EDICIÓN: TALES OF UNREST
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LA LAGUNA

JOSEPH CONRAD

El hombre blanco, apoyándose con ambos brazos en el techo de la pequeña casa en la popa del bote, dijo al timonel:

"Pasaremos la noche en el claro de Arsat. Es tarde".

El malayo solo gruñó y continuó mirando fijamente el río. El hombre blanco apoyó su barbilla en sus brazos cruzados y observó la estela del bote. Al final de la recta avenida de bosques cortada por el intenso brillo del río, el sol aparecía despejado y deslumbrante, colocado bajo sobre el agua que brillaba suavemente como una banda de metal. Los bosques, sombríos y opacos, permanecían inmóviles y silenciosos a cada lado de la amplia corriente. Al pie de grandes árboles imponentes, las palmeras nipa sin tronco surgían del barro de la orilla, en manojos de hojas enormes y pesadas, que colgaban inmóviles sobre el remolino marrón de los remolinos. En la quietud del aire, cada árbol, cada hoja, cada rama, cada zarcillo de enredadera y cada pétalo de diminutas flores parecían haber sido hechizados en una inmovilidad perfecta y definitiva. Nada se movía en el río, excepto los ocho remos que se elevaban brillando regularmente, sumergidos juntos con un único chapoteo; mientras el timonel barría de derecha a izquierda con un ademán periódico y repentino de su hoja,

describiendo un semicírculo brillante sobre su cabeza. El agua agitada espumaba al lado con un murmullo confuso. Y la canoa del hombre blanco, avanzando río arriba en la breve alteración que ella misma provocaba, parecía entrar en los portales de una tierra de la que la misma memoria del movimiento había partido para siempre.

El hombre blanco, dándole la espalda al sol poniente, miró a lo largo de la extensa y desierta extensión del estuario. En los últimos tres millas de su curso, el río errante y vacilante, como si fuera irresistiblemente atraído por la libertad de un horizonte abierto, fluye directamente hacia el mar, fluye directamente hacia el este, hacia el este que alberga tanto la luz como la oscuridad. A popa del bote, el llamado repetido de algún pájaro, un grito discordante y débil, saltaba sobre el agua lisa y se perdía, antes de que pudiera alcanzar la otra orilla, en el silencio sin aliento del mundo.

El timonel hundió su remo en el río y se mantuvo firme con los brazos endurecidos, su cuerpo inclinado hacia adelante. El agua gorgoteaba en voz alta; y de repente, el largo tramo recto parecía pivotar sobre su centro, los bosques giraban en semicírculo, y los rayos inclinados del atardecer tocaban el costado de la canoa con un resplandor ardiente, proyectando las sombras delgadas y distorsionadas de su tripulación sobre el brillo rayado del río. El hombre blanco se volvió para mirar hacia adelante. El curso del bote había sido alterado en ángulo recto al río, y la cabeza de dragón tallada en su proa apuntaba ahora hacia un hueco en los arbustos que bordeaban la orilla. Se deslizó a través, rozando las ramas colgantes, y desapareció del río como alguna criatura esbelta y anfibia que deja el agua para su guarida en los bosques.

El estrecho arroyo era como una zanja: tortuoso, fabulosamente profundo; lleno de penumbra bajo la delgada franja de azul puro y brillante del cielo. Árboles inmensos se elevaban, invisibles detrás de las cortinas festoneadas de enredaderas. Aquí y allá, cerca de la negrura reluciente del agua, una raíz retorcida de algún árbol alto se mostraba entre el encaje de pequeños helechos, negra y opaca, retorcida e inmóvil, como una serpiente detenida. Las breves

palabras de los remadores resonaban fuertemente entre las gruesas y sombrías paredes de vegetación. La oscuridad se filtraba desde entre los árboles, a través del enmarañado laberinto de las enredaderas, desde detrás de las grandes hojas fantásticas e inmóviles; la oscuridad, misteriosa e invencible; la oscuridad perfumada y venenosa de los bosques impenetrables.

Los hombres avanzaban con pértigas en el agua que se hacía más somera. El arroyo se ensanchaba, desembocando en una amplia extensión de una laguna estancada. Los bosques se retiraban de la orilla pantanosa, dejando una franja nivelada de hierba verde brillante y cañaveral para enmarcar el azul reflejado del cielo. Una nube rosa y esponjosa se desplazaba alto, arrastrando el delicado color de su imagen bajo las hojas flotantes y las plateadas flores del loto. Una casita, erigida sobre altos pilotes, aparecía negra a la distancia. Cerca de ella, dos altas palmas nibong, que parecían haber salido de los bosques al fondo, se inclinaban ligeramente sobre el techo desgastado, con una sugerencia de triste ternura y cuidado en la caída de sus cabezas frondosas y altivas.

El timonel, señalando con su remo, dijo: "Arsat está allí. Veo su canoa atrapada entre los pilotes."

Los que empujaban con pértigas caminaban a lo largo de los lados del bote, mirando por encima de sus hombros al final del día de viaje. Habrían preferido pasar la noche en otro lugar que no fuera esta laguna de aspecto extraño y reputación fantasmal. Además, no les gustaba Arsat, primero por ser un extraño, y también porque él, que repara una casa en ruinas y habita en ella, proclama que no tiene miedo de vivir entre los espíritus que rondan los lugares abandonados por la humanidad. Tal hombre puede alterar el curso del destino con miradas o palabras; mientras que sus fantasmas habituales no son fáciles de propiciar por los transeúntes ocasionales sobre los que desean desatar la malicia de su amo humano. A los hombres blancos no les importan tales cosas, siendo incrédulos y en liga con el Padre del Mal, que los conduce ilesos a través de los peligros invisibles de este mundo. A las advertencias de los justos

oponen una pretensión ofensiva de incredulidad. ¿Qué se puede hacer?

Así pensaban, aplicando su peso al extremo de sus largas pértigas. La gran canoa se deslizaba rápidamente, silenciosamente y suavemente, hacia el claro de Arsat, hasta que, en un gran estrépito de pértigas lanzadas y los ruidosos murmullos de "¡Alabado sea Alá!" chocó suavemente contra los pilotes torcidos debajo de la casa.

Los remeros, con los rostros levantados, gritaron discordantemente: "¡Arsat! ¡Oh Arsat!" Nadie vino. El hombre blanco comenzó a subir la rústica escalera que daba acceso a la plataforma de bambú frente a la casa. El juragan del bote dijo de mal humor: "Cocinaremos en el sampan y dormiremos en el agua."

"Pasa mis mantas y la cesta", dijo el hombre blanco, secamente.

Se arrodilló en el borde de la plataforma para recibir el paquete. Luego el bote se alejó, y el hombre blanco, de pie, se enfrentó a Arsat, quien había salido por la puerta baja de su cabaña. Era un hombre joven, poderoso, con pecho ancho y brazos musculosos. No llevaba nada más que su sarong. Tenía la cabeza descubierta. Sus grandes ojos suaves miraban ansiosamente al hombre blanco, pero su voz y su comportamiento eran serenos mientras preguntaba, sin ningún saludo:

"¿Tienes medicina, Tuan?"

"No", dijo el visitante con un tono sobresaltado. "No. ¿Por qué? ¿Hay enfermedad en la casa?"

"Entra y mira", respondió Arsat, con la misma calma, y girando bruscamente, volvió a pasar por la pequeña puerta. El hombre blanco, dejando caer sus bultos, lo siguió.

En la luz tenue de la vivienda, distinguió en un lecho de bambú a una mujer extendida de espaldas bajo una amplia sábana de tela de algodón roja. Yacía inmóvil, como si estuviera muerta; pero sus grandes ojos, completamente abiertos, brillaban en la penumbra, mirando hacia arriba, hacia las delgadas vigas, inmóviles e

impasibles. Estaba en una fiebre alta, y evidentemente inconsciente. Sus mejillas estaban ligeramente hundidas, sus labios parcialmente abiertos, y en el joven rostro había la ominosa y fija expresión—la expresión absorta y contemplativa de los inconscientes que van a morir. Los dos hombres se quedaron mirándola en silencio.

"¿Hace mucho que está enferma?" preguntó el viajero.

"No he dormido en cinco noches", respondió el malayo con tono deliberado. "Al principio ella escuchaba voces que la llamaban desde el agua y luchaba contra mí que la sostenía. Pero desde que salió el sol de hoy, no escucha nada—no me escucha a mí. No ve nada. No me ve a mí—¡a mí!"

Permaneció en silencio durante un minuto, luego preguntó suavemente—

"Tuan, ¿morirá ella?"

"Me temo que sí", dijo el hombre blanco, apenado. Había conocido a Arsat años atrás, en un país lejano en tiempos de problemas y peligro, cuando ninguna amistad es despreciable. Y desde que su amigo malayo llegó inesperadamente a vivir en la cabaña en la laguna con una mujer extraña, había dormido allí muchas veces, en sus viajes río arriba y río abajo. Le gustaba el hombre que sabía mantener la fe en el consejo y cómo luchar sin miedo al lado de su amigo blanco. Le gustaba—no tanto quizás como a un hombre le gusta su perro favorito—pero aún así lo apreciaba lo suficiente para ayudar y no hacer preguntas, para pensar a veces de manera vaga y confusa, en medio de sus propios quehaceres, sobre el hombre solitario y la mujer de cabello largo con rostro audaz y ojos triunfantes, que vivían juntos ocultos por los bosques—solos y temidos.

El hombre blanco salió de la cabaña a tiempo para ver la enorme conflagración del atardecer apagada por las sombras rápidas y furtivas que, elevándose como un vapor negro e impalpable por encima de las copas de los árboles, se extendían por el cielo, extinguiendo el resplandor carmesí de las nubes flotantes y el brillo

rojo de la luz del día que se iba. En unos momentos, todas las estrellas aparecieron sobre la intensa negrura de la tierra y la gran laguna, que de repente brillaba con luces reflejadas, parecía un óvalo de cielo nocturno arrojado al abismo y desesperanzado de la noche selvática. El hombre blanco cenó algo de la cesta, luego recogió unos palos que yacían alrededor de la plataforma, hizo una pequeña fogata, no por calor, sino por el humo, que mantendría alejados a los mosquitos. Se envolvió en las mantas y se sentó con la espalda contra la pared de cañas de la casa, fumando pensativamente.

Arsat salió por la puerta con pasos silenciosos y se agachó junto al fuego. El hombre blanco movió un poco las piernas extendidas.

"Ella respira", dijo Arsat en voz baja, anticipándose a la pregunta esperada. "Ella respira y arde como con un gran fuego. No habla; no escucha—¡y arde!"

Hizo una pausa por un momento, luego preguntó en un tono tranquilo y sin curiosidad—

"Tuan... ¿morirá ella?"

El hombre blanco movió los hombros incómodamente y murmuró de manera vacilante—

"Si tal es su destino."

"No, Tuan", dijo Arsat, con calma. "Si tal es mi destino. Yo escucho, yo veo, yo espero. Recuerdo... Tuan, ¿recuerdas los viejos tiempos? ¿Recuerdas a mi hermano?"

"Sí", dijo el hombre blanco. El malayo se levantó de repente y entró. El otro, sentado aún afuera, podía escuchar la voz en la cabaña. Arsat dijo: "¡Escúchame! ¡Habla!" Sus palabras fueron seguidas por un completo silencio. "¡Oh Diamelen!", gritó de repente. Tras ese grito hubo un profundo suspiro. Arsat salió y se hundió de nuevo en su lugar habitual.

Se sentaron en silencio frente al fuego. No había sonido dentro de la casa, no había sonido cerca de ellos; pero lejos, en la laguna,

podían oír las voces de los remeros resonando entrecortadas y claras sobre el agua tranquila. El fuego en la proa del sampan brillaba débilmente en la distancia con un resplandor rojo difuso. Luego se apagó. Las voces cesaron. La tierra y el agua dormían invisibles, inmóviles y mudas. Era como si no hubiera quedado nada en el mundo excepto el brillo de las estrellas fluyendo, incesante y vano, a través de la quietud negra de la noche.

El hombre blanco miraba directamente frente a él hacia la oscuridad con los ojos bien abiertos. El temor y la fascinación, la inspiración y la maravilla de la muerte—de la muerte cercana, inevitable y no vista, calmaban la inquietud de su raza y agitaban los pensamientos más vagos, los más íntimos. La sospecha siempre lista de maldad, la roedora sospecha que acecha en nuestros corazones, fluía hacia la quietud que lo rodeaba—hacia la quietud profunda y muda, y la hacía parecer poco confiable e infame, como la máscara plácida e impenetrable de una violencia injustificable. En esa perturbación fugaz y poderosa de su ser, la tierra envuelta en la paz estelar se convertía en un país sombrío de luchas inhumanas, un campo de batalla de fantasmas terribles y encantadores, augustos o ignobles, luchando ardientemente por la posesión de nuestros indefensos corazones. Un país inquieto y misterioso de deseos y temores inextinguibles.

Un murmullo lastimero se elevaba en la noche; un murmullo triste y sorprendente, como si las grandes soledades de los bosques circundantes intentaran susurrar en su oído la sabiduría de su inmensa e inquebrantable indiferencia. Sonidos vacilantes y vagos flotaban en el aire a su alrededor, se formaban lentamente en palabras; y finalmente fluían suavemente en un arroyo murmurante de frases suaves y monótonas. Él se movió como un hombre despertándose y cambió ligeramente de posición. Arsat, inmóvil y sombrío, sentado con la cabeza inclinada bajo las estrellas, hablaba en un tono bajo y soñador—

"... pues ¿dónde podemos dejar el peso de nuestro problema sino en el corazón de un amigo? Un hombre debe hablar de guerra y de

amor. Tú, Tuan, sabes lo que es la guerra, y me has visto en tiempos de peligro buscar la muerte como otros hombres buscan la vida. Un escrito puede perderse; una mentira puede ser escrita; pero lo que el ojo ha visto es verdad y permanece en la mente."

"Recuerdo", dijo el hombre blanco, tranquilamente. Arsat continuó con una compostura triste—

"Por eso hablaré contigo de amor. Hablar en la noche. Hablar antes de que tanto la noche como el amor se vayan—y el ojo del día mire mi dolor y mi vergüenza; sobre mi rostro ennegrecido; sobre mi corazón quemado."

Un suspiro, corto y débil, marcó una pausa casi imperceptible, y luego sus palabras fluyeron de nuevo, sin movimiento, sin un gesto.

"Después del tiempo de problemas y guerra, cuando te fuiste de mi país en la búsqueda de tus deseos, que nosotros, los hombres de las islas, no podemos entender, mi hermano y yo volvimos a ser, como antes, los portadores de la espada del Gobernante. Sabes que éramos hombres de familia, pertenecientes a una raza gobernante, y más aptos que cualquiera para llevar en nuestro hombro derecho el emblema del poder. Y en tiempos de prosperidad, Si Dendring nos mostró favor, como nosotros, en tiempos de tristeza, le habíamos mostrado la fidelidad de nuestro valor. Era un tiempo de paz. Un tiempo de caza de ciervos y peleas de gallos; de charlas ociosas y disputas tontas entre hombres cuyos vientres están llenos y cuyas armas están oxidadas. Pero el sembrador observaba crecer los brotes jóvenes de arroz sin miedo, y los comerciantes iban y venían, partían flacos y regresaban gordos al río de la paz. También traían noticias. Traían mentiras y verdades mezcladas, de modo que nadie sabía cuándo alegrarse y cuándo entristecerse. También oímos de ti. Te habían visto aquí y allá. Y me alegraba oírlo, porque recordaba los tiempos agitados, y siempre te recordaba a ti, Tuan, hasta que llegó el momento en que mis ojos no podían ver nada en el pasado, porque habían mirado a la que está muriendo allí, en la casa."

Se detuvo para exclamar en un susurro intenso, "¡Oh Mara bahia! ¡Oh Calamidad!" luego continuó hablando un poco más alto:

"No hay peor enemigo ni mejor amigo que un hermano, Tuan, porque un hermano conoce a otro, y en el conocimiento perfecto hay fuerza para bien o para mal. Amaba a mi hermano. Fui a él y le dije que no podía ver más que un rostro, no podía oír más que una voz. Él me dijo: 'Abre tu corazón para que ella pueda ver lo que hay en él, y espera. La paciencia es sabiduría. Inchi Midah puede morir o nuestro Gobernante puede perder su miedo a una mujer'... ¡Esperé!... Recuerdas a la dama con el rostro velado, Tuan, y el miedo de nuestro Gobernante ante su astucia y temperamento. Y si ella quería a su sirvienta, ¿qué podía hacer yo? Pero alimenté el hambre de mi corazón con miradas fugaces y palabras furtivas. Merodeaba por el camino a los baños durante el día, y cuando el sol caía detrás del bosque, me arrastraba junto a los setos de jazmín del patio de las mujeres. Sin vernos, nos hablábamos a través del aroma de las flores, a través del velo de las hojas, a través de las hojas de la hierba larga que se detenía ante nuestros labios; tan grande era nuestra prudencia, tan tenue era el murmullo de nuestro gran anhelo. El tiempo pasaba rápidamente... y había susurros entre las mujeres, y nuestros enemigos observaban, mi hermano estaba sombrío, y comencé a pensar en matar y en una muerte feroz... Somos de un pueblo que toma lo que quiere, como ustedes los blancos. Hay un tiempo en que un hombre debe olvidar la lealtad y el respeto. El poder y la autoridad se les dan a los gobernantes, pero a todos los hombres se les da amor y fuerza y valor. Mi hermano dijo, 'La tomarás de en medio de ellos. Somos dos que somos como uno.' Y yo respondí, 'Que sea pronto, pues no encuentro calor en la luz del sol que no brilla sobre ella.' Nuestro momento llegó cuando el Gobernante y toda la gente importante fueron a la desembocadura del río a pescar con antorchas. Había cientos de botes, y en la arena blanca, entre el agua y los bosques, se construyeron viviendas de hojas para los hogares de los Rajás. El humo de las fogatas de cocina era como una niebla azul de la tarde, y muchas voces sonaban alegremente en ella. Mientras preparaban los botes para

golpear a los peces, mi hermano vino a mí y dijo, '¡Esta noche!' Miré mis armas, y cuando llegó el momento, nuestra canoa tomó su lugar en el círculo de botes que llevaban las antorchas. Las luces brillaban sobre el agua, pero detrás de los botes había oscuridad. Cuando comenzó el griterío y la excitación los volvió locos, nos deslizamos hacia atrás. El agua tragó nuestro fuego, y flotamos de regreso a la orilla que estaba oscura con solo aquí y allá el resplandor de las brasas. Podíamos oír la charla de las esclavas entre los cobertizos. Luego encontramos un lugar desértico y silencioso. Esperamos allí. Ella vino. Venía corriendo a lo largo de la orilla, rápida y sin dejar rastro, como una hoja arrastrada por el viento hacia el mar. Mi hermano dijo sombríamente, 'Ve y tómalas; llévalas a nuestro bote.' La levanté en mis brazos. Jadeaba. Su corazón latía contra mi pecho. Dije, 'Te tomo de esa gente. Viniste al llamado de mi corazón, pero mis brazos te llevan a mi bote contra la voluntad de los grandes.' 'Es justo', dijo mi hermano. 'Somos hombres que toman lo que quieren y pueden mantenerlo contra muchos. Deberíamos haberla tomado a plena luz del día.' Dije, 'Vámonos'; pues desde que estaba en mi bote, comencé a pensar en los muchos hombres de nuestro Gobernante. 'Sí. Vámonos', dijo mi hermano. 'Somos expulsados y este bote es ahora nuestro país, y el mar es nuestro refugio.' Se demoró con un pie en la orilla, y le rogué que se apresurara, pues recordaba los latidos de su corazón contra mi pecho y pensaba que dos hombres no pueden resistir a cien. Nos fuimos, remando río abajo cerca de la orilla; y mientras pasábamos por el arroyo donde pescaban, los grandes gritos habían cesado, pero el murmullo de las voces era fuerte como el zumbido de los insectos que vuelan al mediodía. Los botes flotaban, agrupados, bajo la luz roja de las antorchas, bajo un techo negro de humo; y los hombres hablaban de su deporte. Hombres que se jactaban, y alababan, y se burlaban, hombres que habrían sido nuestros amigos por la mañana, pero en esa noche ya eran nuestros enemigos. Remamos rápidamente. Ya no teníamos más amigos en el país de nuestro nacimiento. Ella se sentaba en el centro de la canoa con la cara cubierta; silenciosa como lo está ahora; sin ver como lo está ahora, y no tenía ningún

arrepentimiento por lo que estaba dejando porque podía oír su respiración cerca de mí, como puedo oírla ahora."

Hizo una pausa, escuchó con el oído vuelto hacia la puerta, luego sacudió la cabeza y continuó:

"Mi hermano quería gritar el grito de desafío, un solo grito, para que la gente supiera que éramos ladrones libres que confiábamos en nuestros brazos y en el gran mar. Y nuevamente le rogué en nombre de nuestro amor que guardara silencio. ¿No podía oír su respiración cerca de mí? Sabía que la persecución llegaría lo suficientemente rápido. Mi hermano me amaba. Sumergió su remo sin hacer chapoteo. Solo dijo, 'Hay medio hombre en ti ahora, la otra mitad está en esa mujer. Puedo esperar. Cuando seas un hombre completo nuevamente, volverás aquí conmigo a gritar desafío. Somos hijos de la misma madre.' No respondí. Toda mi fuerza y todo mi espíritu estaban en mis manos que sostenían el remo, pues anhelaba estar con ella en un lugar seguro, más allá del alcance de la ira de los hombres y del despecho de las mujeres. Mi amor era tan grande, que pensé que podría guiarme a un país donde la muerte fuera desconocida, si solo pudiéramos escapar de la furia de Inchi Midah y de la espada de nuestro Gobernante. Remamos con prisa, respirando entre dientes. Las palas se hundían profundamente en el agua lisa. Salimos del río; volamos en canales claros entre bajíos. Bordeamos la costa negra; bordeamos las playas de arena donde el mar susurra a la tierra; y el destello de la arena blanca pasaba rápidamente por nuestro bote, tan velozmente se deslizaba sobre el agua. No hablamos. Solo una vez dije, 'Duerme, Diamelen, pues pronto podrías necesitar toda tu fuerza.' Oí la dulzura de su voz, pero nunca giré mi cabeza. El sol se levantó y aún seguimos adelante. El agua caía de mi cara como la lluvia de una nube. Volamos en la luz y el calor. Nunca miré hacia atrás, pero sabía que los ojos de mi hermano, detrás de mí, miraban firmemente hacia adelante, pues el bote iba tan recto como el dardo de un hombre de la selva, cuando sale del extremo del sumpitan. No había mejor remero, ni mejor timonel que mi hermano. Muchas veces, juntos, habíamos ganado carreras en esa canoa. Pero nunca habíamos

puesto nuestra fuerza como entonces, entonces, cuando por última vez remamos juntos. No había hombre más valiente ni más fuerte en nuestro país que mi hermano. No podía darme el lujo de girar mi cabeza para mirarlo, pero cada momento oía el silbido de su respiración haciéndose más fuerte detrás de mí. Aún así, él no habló. El sol estaba alto. El calor se adhería a mi espalda como una llama de fuego. Mis costillas estaban a punto de estallar, pero ya no podía respirar suficiente aire en mi pecho. Y entonces sentí que debía gritar con mi último aliento, '¡Descansemos!'... '¡Bien!', respondió; y su voz era firme. Era fuerte. Era valiente. No conocía el miedo ni el cansancio... ¡Mi hermano!"

Un murmullo poderoso y suave, un murmullo vasto y tenue; el murmullo de hojas temblorosas, de ramas agitadas, corría a través de las profundidades enredadas de los bosques, corría sobre la suavidad estrellada de la laguna, y el agua entre los pilotes golpeó la madera viscosa una vez con un chapoteo repentino. Una ráfaga de aire cálido tocó las caras de los dos hombres y pasó con un sonido lastimero, una ráfaga fuerte y breve como un suspiro inquieto de la tierra soñadora.

Arsat continuó con una voz baja y uniforme.

Empujamos nuestra canoa hacia la playa blanca de una pequeña bahía cerca de una larga lengua de tierra que parecía bloquear nuestro camino; un cabo boscoso que se adentraba en el mar. Mi hermano conocía ese lugar. Más allá del cabo, un río tiene su entrada, y a través de la selva de esa tierra hay un sendero estrecho. Hicimos una fogata y cocinamos arroz. Luego nos acostamos a dormir sobre la suave arena a la sombra de nuestra canoa, mientras ella vigilaba. Apenas había cerrado los ojos cuando escuché su grito de alarma. Saltamos. El sol ya estaba a mitad de camino en el cielo, y al aparecer en la entrada de la bahía vimos un prau tripulado por muchos remeros. Lo reconocimos de inmediato; era uno de los praus de nuestro Rajá. Nos vieron desde la costa, golpearon el gong y dirigieron la proa del prau hacia la bahía. Sentí mi corazón debilitarse dentro de mi pecho. Diamelen se sentó en la

arena y se cubrió la cara. No había escapatoria por mar. Mi hermano se rió. Tenía el fusil que tú le habías dado, Tuan, antes de que te fueras, pero solo quedaba un puñado de pólvora. Me habló rápidamente: "Corre con ella por el sendero. Los detendré, pues no tienen armas de fuego, y desembarcar frente a un hombre con un fusil significa muerte segura para algunos. Corre con ella. Al otro lado de ese bosque hay una casa de pescadores, y una canoa. Cuando haya disparado todos los tiros, seguiré. Soy un gran corredor, y antes de que puedan alcanzarme, habremos desaparecido. Resistiré tanto como pueda, porque ella es solo una mujer, que ni puede correr ni luchar, pero tiene tu corazón en sus débiles manos." Se escondió detrás de la canoa. El prau se acercaba. Ella y yo corrimos, y mientras corríamos por el sendero escuché disparos. Mi hermano disparó, una vez, dos veces, y el estruendo del gong cesó. Hubo silencio detrás de nosotros. Ese istmo es estrecho. Antes de que escuchara el tercer disparo de mi hermano, vi la orilla inclinada y de nuevo el agua; la boca de un río ancho. Cruzamos un claro cubierto de hierba. Corrimos hacia el agua. Vi una cabaña baja sobre el lodo negro y una pequeña canoa varada. Escuché otro disparo detrás de mí. Pensé: "Esa es su última carga." Corrimos hacia la canoa; un hombre salió corriendo de la cabaña, pero me lancé sobre él y rodamos juntos en el lodo. Luego me levanté y él quedó inmóvil a mis pies. No sé si lo maté o no. Diamelen y yo empujamos la canoa al agua. Escuché gritos detrás de mí y vi a mi hermano correr por el claro. Muchos hombres saltaban tras él. La tomé en mis brazos y la lancé al bote, luego salté yo mismo. Cuando miré hacia atrás, vi que mi hermano había caído. Cayó y se levantó de nuevo, pero los hombres lo rodeaban. Gritó: "¡Voy!" Los hombres estaban cerca de él. Miré. Muchos hombres. Luego la miré a ella. Tuan, ¡empujé la canoa! La empujé hacia aguas profundas. Ella estaba arrodillada mirándome, y yo dije: "Toma tu remo", mientras golpeaba el agua con el mío. Tuan, escuché su grito. Escuché cómo gritaba mi nombre dos veces; y escuché voces gritando: "¡Mata! ¡Golpea!" Nunca volví la mirada. Escuché cómo llamaba mi nombre nuevamente con un gran grito, como cuando la vida se va junto con

la voz, y nunca giré la cabeza. ¡Mi propio nombre!... ¡Mi hermano! Tres veces llamó, pero no temía a la vida. ¿No estaba ella en esa can-

oa? ¿Y no podría encontrar con ella un país donde la muerte es olvidada, donde la muerte es desconocida?"

El hombre blanco se incorporó. Arsat se levantó y se mantuvo en pie, una figura indistinta y silenciosa sobre las brasas moribundas del fuego. Sobre la laguna, una niebla que se desplazaba baja había avanzado, borrando lentamente las imágenes brillantes de las estrellas. Y ahora una gran extensión de vapor blanco cubría la tierra: fluía frío y gris en la oscuridad, giraba en remolinos silenciosos alrededor de los troncos de los árboles y alrededor de la plataforma de la casa, que parecía flotar sobre una ilusión inquieta e impalpable de mar. Solo lejos, las copas de los árboles se delineaban sobre el parpadeo del cielo, como una costa sombría y amenazante, una costa engañosa, implacable y negra.

La voz de Arsat vibraba fuerte en la profunda paz.

"¡La tenía allí! ¡La tenía! Para conseguirla, habría enfrentado a toda la humanidad. Pero la tenía, y—"

Sus palabras resonaban en las distancias vacías. Hizo una pausa y pareció escuchar cómo se extinguían muy lejos, más allá de la ayuda y del recuerdo. Luego dijo tranquilamente:

"Tuan, amaba a mi hermano."

Una ráfaga de viento lo hizo temblar. Alto sobre su cabeza, alto sobre el silencioso mar de niebla, las hojas colgantes de las palmas chocaban entre sí con un sonido lastimero y agonizante. El hombre blanco estiró las piernas. Su barbilla descansaba sobre su pecho y murmuró tristemente sin levantar la cabeza:

"Todos amamos a nuestros hermanos."

Arsat estalló con una violencia susurrante e intensa:

"¿Qué me importaba quién muriera? Quería paz en mi propio corazón."

Pareció escuchar un movimiento en la casa, escuchó atentamente y luego entró sin hacer ruido. El hombre blanco se levantó. Una brisa llegaba en ráfagas intermitentes. Las estrellas brillaban más pálidas como si se hubieran retirado a las profundidades heladas del espacio inmenso. Después de una ráfaga de viento frío hubo unos segundos de calma perfecta y silencio absoluto. Luego, desde detrás de la línea negra y ondulada de los bosques, una columna de luz dorada se disparó hacia los cielos y se esparció sobre el semicírculo del horizonte este. El sol había salido. La niebla se levantó, se desintegró en parches errantes, desapareció en finas guirnaldas volantes; y la laguna desvelada yacía, pulida y negra, en las sombras pesadas al pie del muro de árboles. Un águila blanca se elevó sobre ella con un vuelo inclinado y pesado, alcanzó la luz del sol y apareció deslumbrantemente brillante por un momento, luego, al elevarse más alto, se convirtió en un punto oscuro e inmóvil antes de desvanecerse en el azul como si hubiera dejado la tierra para siempre. El hombre blanco, de pie mirando hacia arriba frente a la puerta, oyó en la cabaña un murmullo confuso y roto de palabras trastornadas que terminaban con un gemido fuerte. De repente, Arsat salió tambaleándose con las manos extendidas, tembló y se quedó inmóvil por un tiempo con los ojos fijos. Luego dijo:

"Ya no arde."

Ante su rostro, el sol mostró su borde sobre las copas de los árboles elevándose constantemente. La brisa se intensificó; un gran brillo estalló sobre la laguna, brillando en el agua ondulante. Los bosques salieron de las sombras claras de la mañana, se hicieron distintos, como si hubieran avanzado rápidamente para detenerse de golpe en un gran movimiento de hojas, de ramas que se balanceaban. En el sol implacable, el susurro de la vida inconsciente se hacía más fuerte, hablando en una voz incomprensible alrededor de la oscuridad muda de ese dolor humano. Los ojos de Arsat vagaron lentamente, luego se fijaron en el sol naciente.

"No puedo ver nada", dijo en voz baja para sí mismo.

"No hay nada", dijo el hombre blanco, moviéndose hacia el borde de la plataforma y haciendo señas a su bote. Un grito llegó débilmente sobre la laguna y el sampan comenzó a deslizarse hacia la morada del amigo de los fantasmas.

"Si quieres venir conmigo, te esperaré toda la mañana", dijo el hombre blanco, mirando hacia el agua.

"No, Tuan", dijo Arsat suavemente. "No comeré ni dormiré en esta casa, pero primero debo ver mi camino. Ahora no puedo ver nada, inada! No hay luz ni paz en el mundo; pero hay muerte, muerte para muchos. Somos hijos de la misma madre, y lo dejé en medio de enemigos; pero ahora estoy regresando."

Tomó una respiración profunda y continuó en un tono soñador:

"En un poco, veré lo suficientemente claro para golpear, para golpear. Pero ella ha muerto, y... ahora... oscuridad."

Extendió los brazos ampliamente, los dejó caer a lo largo de su cuerpo, luego se quedó quieto con el rostro inmóvil y los ojos pétreos, mirando al sol. El hombre blanco bajó a su canoa. Los remeros se movieron ágilmente a lo largo de los lados del bote, mirando por encima de sus hombros al inicio de un viaje agotador. Alto en la popa, con la cabeza envuelta en trapos blancos, el juragan se sentó taciturno, dejando arrastrar su remo en el agua. El hombre blanco, apoyado con ambos brazos sobre el techo de césped de la pequeña cabina, miró hacia atrás al brillo resplandeciente de la estela del bote. Antes de que el sampan saliera de la laguna hacia el arroyo, levantó la vista. Arsat no se había movido. Estaba solo bajo el sol implacable; y miraba más allá del gran resplandor de un día despejado hacia la oscuridad de un mundo de ilusiones.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [La laguna - Joseph Conrad](#)
2. [La laguna](#)
3. [Joseph Conrad](#)